

# Benet y Riquer, lecturas sucesivas

Con muy pocos días de diferencia han aparecido el volumen de las memorias de Josep Benet hasta el final de la Guerra Civil y la biografía de Martí de Riquer. Son en cierto sentido dos libros complementarios y personalmente los he leído —con un enorme interés— uno tras otro. Antes de leerlos tenía la a sensación de que podía convertirme en lector de una especie de choque de trenes. Benet y Riquer pueden parecer opuestos por el vértice, y este vértice tiene nombre, lugar y fecha. Benet era soldado en el ejército de la República, movilizado en la *quinta del biberón*. Riquer se había alistado en el Tercio Nuestra Señora de Montserrat del ejército franquista, después de abandonar Barcelona. Si Benet no hubiese resultado herido con anterioridad, podrían haber estado frente a frente, con las armas en la mano, en la batalla del Ebro.

Este es el principal vértice de oposición entre Benet y Riquer, el máximo posible: soldados por convicción en dos ejércitos enfrentados en una guerra civil. Pero no es el único. Benet, después de la guerra, encarna la lucha contra el franquismo, la oposición total, el activismo antifranquista. Riquer tuvo cargos políticos en el primer franquismo y cargos académicos importantes años después, y por tanto es indiscutible su colaboración con el régimen. Las dos biografías parecen destinadas al choque de trenes, a encarnar dos mundos opuestos, podrían alimentar perfectamente un retrato de época en blanco y negro. Y sin embargo...

Una vez leídos los dos libros, empiezan a aparecer los matices. El blanco y negro se difumina. En primer lugar, los dos provienen



## VICENÇ VILLATORO

En sus biografías hay una demostración de la complejidad, de la paradoja y de la aparente contradicción

de una misma matriz política y cultural, del catalanismo y del catolicismo. No del mismo origen social. Benet será soldado convencido de la República y deseará la victoria republicana, pero como católico participa en la Iglesia clandestina de la retaguardia, conoce con dolor el asesinato de muchos de sus maestros y se indigna por algunas actuaciones no sólo de los supuestos incontrolados, sino de los que tenían la responsabilidad de controlarlos. Con sus amigos de pensamiento político similar discute sobre el mal menor: él cree que es mejor que gane la República, y luego ya se intentará resolver la cuestión de la libertad religiosa, mientras que otros creen que es mejor que gane Franco, y luego ya veremos cómo po-

drá resolverse la cuestión catalana. Benet afirma que no todos los que luchaban en su mismo bando lo hacían por la república, por la democracia y por Cataluña, y conoce mientras está en el hospital que algún comisario político de su batallón —militante del PSUC— había decidido que se le eliminase por fuego amigo nada accidental en la primera ocasión en la que una acción de guerra lo hiciese posible.

Riquer viene también del catalanismo y del catolicismo. Su militancia en el catalanismo de los años treinta es absoluta, radical. Según me comentó un amigo suyo, al preguntarle por qué se había pasado al bando franquista —después de haber colaborado con las autoridades republicanas ya durante la guerra—, la respuesta fue sencilla: “Para poder ir a misa sin que me pegaran un tiro”. Después de la guerra su colaboración con el régimen es indiscutible. Pero su contribución a la reconstrucción de la catalanística y, por tanto, a la reconstrucción de la cultura catalana, también. Al final, en los años setenta y ochenta, algunos círculos se cierran. Benet, que había sido prácticamente condenado a muerte por un comisario político del PSUC, acabará siendo el candidato independiente a la presidencia de la Generalitat por el mismo PSUC. Y Riquer, como senador de designación real en el primer Senado de la transición, acabará integrado nominalmente en el grupo de la Entesa dels Catalans, encabezada por Benet, y firmando por el retorno inmediato del presidente Tarradellas.

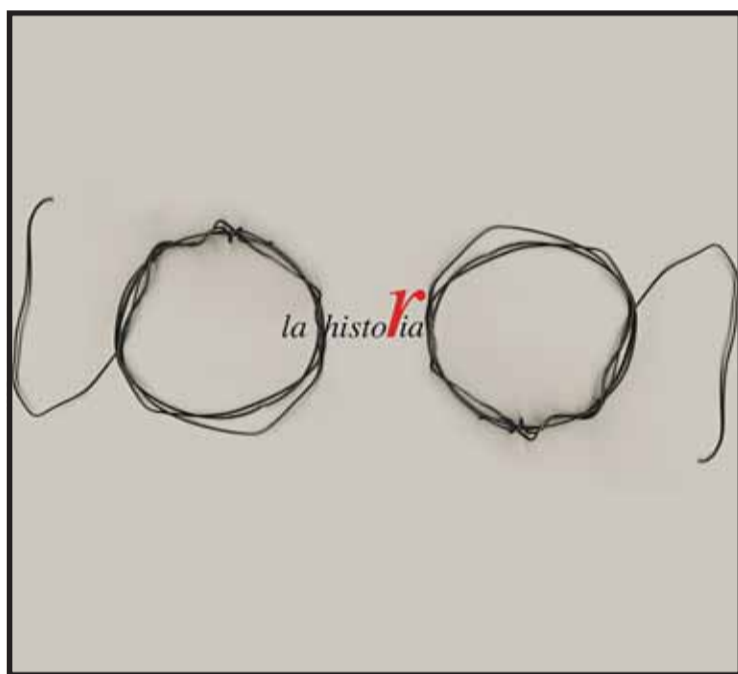
Riquer y Benet vienen prácticamente del mismo espacio político. Se bifurcan hasta pertenecer a

mundos absolutamente enfrentados. Pero al final de sus vidas la distancia vuelve a ser muy corta. ¿Vidas paralelas? No exageremos. Pero, en cualquier caso, la lectura sucesiva de las dos biografías no da una fotografía en blanco y negro ni exclusivamente un choque de trenes. Hay algo de choque de trenes. Hay un poco de vidas paralelas. Pero hay sobre todo una demostración de la complejidad, de la paradoja, de la aparente contradicción.

Después de leer las dos biografías, tenemos un catálogo de sensaciones contradictorias. Está lo que les separó, que es muy importante. Está lo que les unió, al menos en algunas fases de sus vidas, que no es en absoluto irrelevante. Está la sensación que comparten de complejidad y de contradicción de las situaciones, más allá de una división entre unos y otros. Visto desde el presente, no podemos ignorar ninguna de estas sensaciones. Fingir unas vidas paralelas sería engañarnos. Escoger el choque de trenes sería reduccionista. Pintarlo todo de blanco y negro sería falso. El cóctel debe contener todos los ingredientes, aunque sean contradictorios. Pero podemos modularlos. Sin ignorar nada, podemos poner el acento en lo que polariza y enfrenta o en lo que acerca y dibuja algún tipo de espacio común. Es un problema de modulación. Personalmente, sin ocultar nada y sin ignorar nada, me parece mejor inversión intentar construir un espacio común de encuentro. Pero no sé por qué tengo la sensación de que el espectáculo del choque de trenes vuelve a estar más en el gusto de nuestro tiempo.

Vicenç Villatoro es escritor.

## SILVIA ALCOBA



# La memoria de los políticos

En el estreno del cortometraje *Bucarest*, dedicado por Albert Solé a la perdida memoria de su padre, Jordi Solé Tura, pronunció Pasqual Maragall unas palabras muy sentidas que provocaron en el público una sonrisa acongojada por su patética ironía: “Suárez hizo la Transición; tú, Jordi, la Constitución, y yo he logrado el nuevo Estatuto de Cataluña. Y los tres hemos acabado con *alzheimer*”. En su rostro se dibujó un interrogante, como si se preguntara qué extraña relación podía haber entre la coincidente pérdida de la memoria de los tres políticos con tales proezas históricas a sus espaldas. Nunca mejor dicho, pues, a mi ver, a los tres les caracteriza su capacidad de echarse su obra a las espaldas y de darle la espalda una vez cumplida y olvidarse de ella, sin vivir de su renta política y psíquica, sino yendo, como cantó Lluís Llach, *lluny, sempre més lluny*, sin que la memoria de lo hecho en favor del país permaneciera en sus mentes como un estorbo en la marcha futura. No sé si hay base científica para afirmar que el *alzheimer* pueda provenir de una excesiva y prolongada tensión neuronal de los protagonistas de una época convulsa. Suele hablarse más bien de



## J. A. GONZÁLEZ CASANOVA

El político no pierde la memoria, porque se la ha transmitido a sus conciudadanos y ellos la hacen suya

cáncer, infarto o derrame cerebral. No se puede, pues, insinuar relación psicósomática alguna entre los avatares vividos por Suárez, Solé y Maragall, y el común e injusto castigo recibido. Como tampoco creo que éste sea fruto de la maldición de un brujo facha.

Lo que tal vez quepa es recordar que hay fenómenos que no son causales ni casuales o por azar. Carl Jung y el físico Pauli analizaron juntos el dato compro-

bado y evidente de la sincronía: una analogía íntima entre la identidad personal y sus más variadas experiencias. Muchas veces una y otra son sincrónicas. Habría una correspondencia simbólica cuyo mensaje se ha de interpretar también de modo simbólico. Si quiero responder al interrogante de mi entrañable Pasqual, no se me ocurre otra forma que acudir a Jung y a Pauli para ver en la pérdida de memoria de los tres personajes citados un dato que simboliza su constante actitud vital y sus proyectos políticos. Aranguren hablaba de una ética de la infidelidad, es decir, el abandono de actitudes, ideas y proyectos del propio pasado en favor de otros nuevos. Éste sería nuestro caso, pero con el decisivo matiz de que Suárez, Solé y Maragall practicaron dicha ética justo para ser fieles a sus orígenes. Suárez, de padres liberales y republicanos en una Ávila reaccionaria, hizo rápida carrera en el franquismo; mas, llegado al segundo Gobierno del Rey, abrió la puerta con sinceridad y arrojo a los demócratas perseguidos. Como político no dio para más, pero fue más lejos de lo esperado de él y por eso duró tan sólo un lustro en la poltrona. Solé Tura, de familia catala-

nista, se hizo del PSUC, salió de él, fundó con Alfonso Comín, la maoísta Bandera Roja, impulsó el eurocomunismo, fue padre de la patria constitucional, ingresó en el PSC, duró poco como ministro y siguió luchando como senador por un Estado federal español hasta que no pudo más. Maragall, también hijo de republicanos catalanistas, militó en el socialismo revolucionario (el FOC), fundó Convergència Socialista y el PSC, fue alcalde y supo dejarlo para acabar siendo parlamentario y presidente de la Generalitat sólo un trienio. Abandonó su viejo partido para seguir pugnando por otro que ayude a construir el Estado federal europeo y ha creado una fundación dedicada a combatir la enfermedad de Alzheimer. Los tres políticos han sido críticos e inconformistas con su pasado y su presente, audaces y valientes, atentos al signo de cada momento histórico aunque pudieran ser tachados de oportunistas por los que suelen serlo. Nunca se apoltronaron ni se durmieron en los laureles. Siempre quisieron lo mejor y hasta lo utópico para su pueblo. Para mí, su progresiva pérdida de memoria simboliza su actitud. Han sido infieles al pasado por fidelidad al futuro.

Al avanzar borraban, como ocurría en aquellas catacumbas de la película de Fellini, *Roma*, cuyas imágenes murales se iban borrando a medida que el aire penetraba en ellas al paso de los modernos visitantes. Además, en el caso de los dos catalanes (y yo creo que por ser de izquierdas), éstos han informado públicamente de su enfermedad por considerarlo un acto también político, es decir, como problema colectivo que hay que resolver entre todos. Maragall nos ha impresionado con su sencilla prueba de que el gobernante democrático sólo vive y pervive en la ciudadanía: “Soy un privilegiado. Cuando yo no sepa quién soy, los demás me seguirán reconociendo”. El verdadero político no tiene más memoria que la popular e histórica. Él no la pierde, como identidad profunda y trascendente, porque se la ha transmitido ya a su conciudadanos y ellos la harán suya *ad perpetuam memoriam*. Lao Tsé dejó escrito sobre los mejores políticos, una vez concluida su obra: “El pueblo dice: ‘La hemos hecho nosotros mismos’”.

J. A. González Casanova es catedrático de Derecho Constitucional de la UB.